**25 de mayo**

La vida es bárbara.

Eso es lo que ella más desea y envidia de mí: La vida. Los latidos: Vivir en el sonido, morir en el silencio solo para renacer en el siguiente latido. Por eso baja a beberme la vida, del agua de mi generosidad. Está ávida de movimiento y, además, es «ingastable», pero ¿yo?... No, no es lo mismo tener la vida y sentirla en cada bocado de aire que venir a absorber poco a poco tantito de la ajena. Se me acabará el latido, vendrá el silencio y ¿luego? ¿Qué hará ella?

La vida es un don que no cesa nunca de abrir caminos. Es la envidia de los dioses, la obsesión de ciertas almas: ¡Ah! La vida, virtud de percibir por los sentidos mientras vamos caminando en ella. Es indomable y tan vasta en su fertilidad, que hasta en la más estéril rutina la vida se multiplica, el más árido de los terregales le da salida y, del mismo vientre de la muerte, brota fibrosa y prendida.

La vida va y viene sobre las ruedas de los días; toma un sin fin de senderos; unos ásperos y otros serenos; pero todos, ya sean claros u oscuros, parten de un mismo punto; infinitamente abierto; eternamente seguido. ¿Y nosotros? Al centro, donde solo con estar andamos.

Siempre, desde mi siempre centro, dondequiera que voltee, veo un árbol más, un verde diferente, una nube que se atreve a bajar hasta acá, una sensación que me advierte de un gesto nunca antes visto; de una voz que me cautiva hasta las lágrimas. ¿O acaso no también se llora profunda y dulcemente al momento de agradecerle a la vida, lo hermoso que hay en lo que nos rodea? Sí y ante el milagro, me paralizo; y sin moverme, sigo.

Vuelo a bordo de mi imaginación desatada por la mano de una sonata de Bach y me voy lejos a jugar con los átomos que deja caer el aire; tras ese velo la veo a ella, los veo a ustedes y con ustedes también veo sus vidas, lo bello, lo cierto, lo nuestro; y me deslumbra el alma sus brillos, pero no me muevo… asentado me sigo moviendo... moviendo.

Los que me observan, me aconsejan con fervor de evangelista:

―Sal de tu cueva.

―Ábrete a la vida.

―Rodéate de amigos.

―Vive como si fuera el último de tus días.

Y los más locuaces:

―Viaja.

―Ten mil amores.

―Tú, diviértete y que reviente el que tenga que reventar.

―Ve más allá de lo que ven tus ojos.

En fin (aquí concuerdan todos),

―No te detengas por nada y ante nada. La vida es corta, abre tus alas y ponte a volar.

Ir más allá de lo que han visto mis ojos, ¿eh? Mmm. No cabe duda de que se siente una emoción de plenitud en la propuesta, aunque me parece algo insensata. Quieren que yo, que nací con un cuerpo enraizado en la tierra, de repente y atendiendo a sus propios deseos, me vuelva un águila real. Los entiendo. ¿Quién no encontraría el bienestar en un viento limpio que vaya entrando y saliendo por el cuerpo, fundiéndonos con los alrededores de manera natural? ¡Qué maravilla!, sin duda.

Yo estoy hecho de otra corteza, compañeros. Como el árbol quieto, dejo que el viento me toque, así recibo más brisa que el río. Soy como la raíz que se funde con la tierra, como las rocas que conocen el mundo desde donde tiembla en su centro la vida, no solo lo que al pasar volando se ve.

Y, desde aquí, a unos yo los miro volar, volar y seguir volando, alertas nomás al vuelo; y avanzan rápido, eso sí, pero ¿hacia dónde?

No, consejeros, no es que me falte voluntad para volar ni que el ánimo de mi espíritu esté decayendo. Soy un sedentario aventurero, los sucesos me persiguen y transforman sin tener que moverme de lugar.

Las águilas viven allá y yo acá. A mí me pega el mismo aire y me da la misma oportunidad de entrar en él, de conocer el mundo desde sus adentros. De aquí veo la primavera prodigando los frutos que procrea con la tierra. Aquí pasa la lluvia cauta y sin atropellar, poniendo a germinar a todos sus hijos: De la semilla al árbol, del fruto al paladar, del pájaro al canto y este de vuelta al corazón fertilizador de la palabra; voz que viaja siempre constante, impulsada por la fuerza, no del movimiento, sino de la contemplación. ¡Ah! La vida, nobleza que nos permite avanzar estando en lo mismo sin perder la luz ni la movilidad.

Yo aquí me quedo, camaradas; mi interior es mi casa; eso es lo que aspiro a conocer: Mi casa. No, no es mandato, ni castigo, es simplemente obedecer a lo que se es. Fecundé raíces en el cuerpo y de la tierra no me pienso mover.